

## El buñuelo de viento

**E**L jueves, a las cuatro de la tarde, me constituí heroicamente delante del televisor dispuesto a tragarme toda la sesión parlamentaria. Ya sabía yo que en el asunto de las escuchas, don Felipe González no iba a decir nada nuevo. El César había echado por delante a Narcís Serra como un escudo humano destinado a pararle el golpe primero, que es el que más duele, y el hecho de presentarse en el Congreso con los dos cadáveres al hombro, el cadáver insepulto del vicepresidente y el cadáver de añadidura del ministro de Defensa, era una señal inequívoca de que el señor presidente del Gobierno daba el caso de las escuchas por cerrado.

¿Qué revelaciones impensables podía ofrecer González para añadir a la sarta de mentiras oficiales y de embustes desfachatados que ya había ofrecido Narcís Serra? Ninguna. Cualquier revelación que excediera de la hipócrita versión oficial podía costar la vida del artista. Por otra parte, don Felipe González, en un ejercicio impensable de cinismo político, había encargado la investigación de las gravísimas irregularidades producidas en el Cesid precisamente a la misma persona que las había perpetrado, autorizado o permitido. El teniente general Emilio Alonso Manglano, jefe superior del Cesid es el responsable directo, por comisión u omisión, por diligencia o negligencia, de los graves sucesos del Cesid, verdaderos atentados a la Constitución, a los derechos fundamentales de los individuos y a la esencia misma de la democracia. Y don Felipe González, ¡oh, maravilla!, al conocer esos hechos, la primera provisión que se le ocurre es la de encargar la investigación del caso al teniente general Alonso Manglano. Lo dijo el diputado Julio Anguita con frase expresiva que se había repetido durante esos días. "Eso que ha hecho el señor González Márquez es como poner la zorra a vigilar las gallinas". Hubo quien lo dijo con frase aún más dura. "Eso es encargar al atracador la investigación del atraco". Y el señor Aznar recordó que el general Manglano se hallaba en esos momentos acusado de tres delitos graves, interceptación de comunicaciones privadas, malversación de caudales públicos y prevaricación.

**E**N tales condiciones, los resultados de la investigación eran perfectamente presumibles. Don Felipe González es un santo que se enteró de las escuchas por la prensa. En todo caso, sería informado de los resultados de las pesquisas del Cesid, pero no de los métodos utilizados para su obtención. Ni siquiera se puede culpar al señor González del nombramiento de Alonso Manglano, porque lo único que hizo don Felipe fue ratificar el nombramiento hecho por el gobierno anterior. Era una manera de decir



**Ramón Cotarelo, el loro felipista, amasaba con energía las tetas de una lozana moza que le acompañaba en el palco y en el hemiciclo flotaba un enorme buñuelo de viento**

que las reclamaciones, en cualquier caso, al maestro armero, o sea, a don Leopoldo Calvo Sotelo. Don Narcís Serra es un arcángel sin mácula, un ser puro y celeste al que no se le puede imputar culpa ni negligencia alguna. Y Julián García Vargas -y en eso es posible que tuviera toda la razón el señor González- es un ser que habita en el limbo de los seres que no pueden tener ni tienen méritos ni pecados. El señor García Vargas es un alma de cántaro, un bobalías, un buen Juan, un avutardo, que diría Torres de Villarroel, un celestial o un cantimpla, en definitiva, uno que no se entera y que permanece por los siglos atrazado de noticias. Ni siquiera Alonso Manglano merece acusación alguna. El director general del Cesid es el responsable organizativo y funcional del organismo, y ve cómo se escucha, se graba, se ficha, se archiva, se sustrae, se saca del edificio, se copia, se devuelve el original y se revela un material obtenido ilegalmente y cuyo contenido nada tiene que ver con la seguridad nacional, y que sólo puede servir para información del ejecutivo con beneficio personal del presidente o del partido. ¡Admirable!

**L**OS restos de Narcís Serra y García Vargas descuartizados por los leones de la cámara fueron echados por González al centro del hemiciclo, más hemicirco que nunca, y allí se acabó la historia de las escuchas. Caso cerrado. Al menos, pensaba yo, nos enteraremos ahora de la trama de la famosa conjura contra el Estado, la trama negra contra la libertad, el nuevo contubernio de Munich, el pulso al sistema, el golpe de Estado denunciado por Felipe González, centinela de la Democracia. ¡Para algo serio habrá servido el Cesid! Seguramente, para descubrir y abortar la conjura antifelipista, antidemocrática y antimonárquica. La cosa viene de lejos. La cosa viene desde aquel artículo veraniego de José Luis de Villalonga en el que se metían en la misma cama conspirativa Antonio García Trevijano y Luis María Ansón, Pablo Sebastián y Camilo José Cela, Raúl del Pozo y José Luis Martín Prieto, que en cambio luego ha salido más monárquico que el general Martínez Campos y que mi entrañable musolari Alfonso Ussía.

Bueno, pues tampoco. La sesión avanzaba. Don Joaquín Molins volvía a decir aquello de "Así no podemos seguir". Don Narcís Serra se sumía en una teoría de guiños. Vociferaba Hernández Sito en los escaños de la derecha. Leía, ausente y ensimismado, Alfonso Guerra en los escaños de la izquierda. Ramón Cotarelo le amasaba enérgicamente las tetas a una moza que le acompañaba en un palco. Y en el aire del hemiciclo flotaba un enorme, hinchado, huro y gigante buñuelo de viento. ■